

CUARENTA AÑOS DE YALTA Y TRES DE OTAN

ALTA es una pequeña ciudad costera del sur de Crimea, a orillas del «Mar Hospitalario» de los griegos, o Mar Negro de los modernos, que fue famoso en la Antigüedad por razones históricas, comerciales y mitológicas. El «Mar Hospitalario» es el que habría surcado Jasón con sus Argonautas en busca de la zalea o vellocino de oro.

En la medida en que la leyenda pueda responder a hechos de la historia, Jasón y sus nobles héroes, entre los que se encontraban el gran timonel Tiphys, Linceo el de la penetrante mirada, e incluso Hércules y Orfeo, no se habría acercado a las costas septentrionales de aquel mar interior, sino que, probablemente, habría costado por el norte de la Anatolia, hoy turca, hasta alcanzar las riberas orientales, vecinas al Cáucaso, donde resultó que habitaba Medea.

Los Argonautas y Jasón se convirtieron pronto, por obra del mito, en un símbolo del espíritu de aventura y la voluntad de conquista de los espacios de la tierra y de las altas metas imposibles que caracterizaron al espíritu creador de los griegos.

Los Argonautas por el Oriente de ese último bolsón del Mediterráneo que es el Ponto Euxino, y Hércules por Occidente, hasta llegar a las famosas columnas y las tierras hispanas y del norte de África, encarnan la voluntad griega de ensanchar el mundo con las proas de sus naves y abrir caminos a la historia.

Pero Yalta, que no existía entonces, y casi toda la península crimeana, que era relativamente marginal a las grandes corrientes de la civilización greco-romana, entró en la historia hace cuarenta años, dando nombre a uno de los últimos capítulos de la era contemporánea, cuando se reunieron allí los tres líderes políticos aliados —Churchill, Roosevelt y Stalin—, pocos meses antes de que terminara la Segunda Guerra Mundial, entre el 4 y el 11 de febrero de 1945. Los servicios militares y diplomáticos que habían preparado la conferencia rindieron el obligado tributo a la mitología al organizarla bajo el nombre-clave o cifra secreta de «Operación Argonauta».

Ahora, con motivo del cuarenta aniversario del acontecimiento, la Prensa ha evocado la Conferencia de Yalta en un contexto conmemorativo, y se ha repetido *ad nauseam* el lugar común de que en Yalta los americanos entregan media Europa a los soviéticos.

Pero el más penetrante de los ensayos del actual jubileo que conozco es el publicado en *Foreign Affairs* por el prestigioso profesor de Política y antiguo asesor presidencial americano Zbigniew Brzezinski. Según él, las grandes decisiones que se atribuyen a las reuniones de febrero del 45 y que distribuyen Europa y gran parte de Asia entre las zonas de influencia de occidentales y soviéticos, no fueron una invención de Yalta, sino algo acordado anteriormente: en el año 43, en un momento en que para los angloamericanos era indispensable estimular hasta el máximo de sus posibilidades el esfuerzo de los rusos.

El presidente Roosevelt, los americanos y sus aliados no traicionaron a nadie ni sacrificaron a media Europa, sino que podría decirse que de todo el continente, que estaba sometido en parte a los nazis y en parte a los soviéticos, salvaron más de la



ANTONIO

FONTÁN

mitad para una vida en libertad y en democracia: todo el Oeste y todo el Sur. La alianza soviético-occidental consistía en unos pactos que, como ocurre tantas veces en la historia, habían venido determinados por la situación y eran una alianza «contra». Y la potencia y el sistema político contra los que estaba dirigida esa común hostilidad eran los que habían iniciado la agresión, a diestra y siniestra, por Occidente y Oriente, y también por el Sur, hasta un acuerdo entre quienes sabían ellos mismos, y lo sabían bien, que eran disímiles.

Yalta es muy anterior a la OTAN y, propiamente hablando, no tiene nada que ver con esta organización. Pero, en cierto modo, está en su prehistoria. Porque en Yalta se extrajeron las consecuencias de lo antes convenido sobre la partición de Alemania en zonas, y se comprobó la imposibilidad práctica de conjugar las aspiraciones polacas a su integridad y soberanía, con las pretensiones soviéticas, que buscaban y lograron proteger su frontera occidental con Estados tapones, que operaran políticamente como satélites suyos.

Lo que quizá no sospechaban los aliados, o no se habían atrevido a plantearse seriamente sus responsables políticos, es que una ideología como la soviética exigía, por su propia naturaleza, la aplicación del principio que había puesto fin a las guerras de religión en la Europa del siglo XVII, trasladado ahora al campo de la política. En Westfalia (1648) se hizo la paz proclamando *cuius regio eius religio*, o, dicho en castellano, la religión y el sistema político de cada territorio son los del príncipe que lo posee. En el caso de la Europa oriental, el príncipe es el Partido Comunista de la Unión Soviética. Ocurre, además, que el comunismo posee una voluntad expansiva que no conoce límites, igual que las religiones tienen vocación misionera. Y que la experiencia de más de medio siglo ha enseñado a los soviéticos que ellos sólo logran expandir su ideología e imponerla hasta donde alcanza la punta de su espada.

Por eso tuvo que nacer la OTAN como una especie de escudo protector. España hubo de mantenerse formalmente al margen de ella por razones políticas durante el régimen anterior, puesto que la ideología de éste no era compatible con la democracia liberal de la alianza. Pero, aun así, hubo de asociarse a ella de algún modo, mediante acuerdos bilaterales con el gran capitán o «hegemón» del Occidente, que son los americanos. Desparecido el obstáculo político, lo natural era que España cayera en brazos de la OTAN, empujada por la geografía, la historia, la estrategia, la geopolítica y los intereses nacionales.

O nos metieron en la OTAN entre la UCD, Calvo-Sotelo y Pérez-Llorca. Es que estábamos allí, y el Gobierno del 81 y su partido se limitaron a registrar el hecho. *Constataron que nos afectaba*. Por eso no está tan mal, ni cae tan a trasmano, que los periódicos españoles hayan tenido que dedicar simultáneamente amplios espacios, aunque fuera en páginas distintas, a recordar Yalta en la sección internacional y a examinar posiciones de Gobierno, partidos y políticos en relación con la OTAN en las páginas de información nacional.